

Bailando al borde del precipicio

Una vida en la corte de María Antonieta

CAROLINE MOOREHEAD

T

TURNER NOEMA



*Bailando al borde
del precipicio*

Una vida en la corte de María Antonieta

CAROLINE MOOREHEAD

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ADRIÁN VITIER

COLECCIÓN NOEMA



Título original:

Dancing to the Precipice.

Lucie de la Tour du Pin and the French Revolution

© Caroline Moorehead, 2009. All rights reserved

Edición original: Chatto and Windus, 2009

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2010

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: octubre de 2010

ISBN: 978-8-41542-756-8

De la traducción:

© José Adrián Vitier, 2010

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

The Studio of Fernando Gutiérrez

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra, ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editoria

ÍNDICE

Prólogo

- I Esta época magnífica
- II Talento para el engaño
- III Un retrato chispeante
- IV El color de la esperanza
- V El desmantelamiento de París
- VI Sombras profundas y oscuras
- VII Frente a un inmenso volcán
- VIII Las cabezas caen como fichas de dominó
- IX Mrs. Latour del viejo mundo
- X ‘Incroyables’ y ‘merveilleuses’
- XI Hordas de franceses vagabundos
- XII Perros sin dientes y gatos sin garras
- XIII No una corte, sino un poder
- XIV ¡Oh desdichada Francia!
- XV Comienza una carrera de pesares

XVI	Una tiranía de bolsillo
XVII	Un corazón cálido
XVIII	Las rapsodias de la vida
Epílogo	
Personajes del libro	
Agradecimientos	
Bibliografía	
Referencias	
Cronología	

Para John y Boo

PRÓLOGO

El 1 de enero de 1820, poco antes de cumplir cincuenta años, Lucie Dillon, marquesa de la Tour du Pin, consideró que era el momento de escribir sus memorias. Hasta ese día, no había escrito otra cosa que cartas “a aquellos que amo”. “Dejadme aprovechar –escribió– el afecto que todavía hay en mí, para contar los aspectos de una vida atribulada y sin reposo, en la que la infelicidad acaso no se debió a los acontecimientos por todos conocidos, sino a los secretos pesares que sólo Dios conoce”.

Así dispuesta, Lucie se sentó a escribir las que serían una de las mejores memorias de su tiempo, llenas de humor, sagacidad y sentimiento. Escribió con valentía y desapasionadamente, sin reservarse nada, pues por su carácter carecía de falsa modestia y tenía mucho que decir. Quería que fuese un diario para su hijo y sus nietos, y nunca tuvo planes de publicarlo, ni antes ni después de su muerte. Así pues, escribió, con sencillez y sin artificios, describiendo con precisión cuanto vio y escuchó, no sólo lo referente a su vida extraordinaria, sino al periodo excepcionalmente turbulento de la historia de Francia que le tocó vivir. Escribió sobre asuntos domésticos y asuntos de estado, sobre tragedias personales y sobre el caos público, con optimismo y fortaleza –a despecho de los secretos pesares–, y con una mezcla de inocencia y complicidad que otorga a su voz un acento singular.

Cuando finalmente aparecieron sus memorias, cincuenta años después de su muerte, de inmediato fueron reconocidas como un testimonio fidedigno de una época perdida. De un valor inagotable, han proporcionado a innumerables estudiosos informaciones muy detalladas y vívidas, tanto más valiosas por haber estado ella, durante la mayor parte de su vida, en el lugar donde ocurrieron las grandes transformaciones de su época. Pero sus innumerables cartas –que

nunca han visto la luz y abarcan los cuarenta años de su vida posteriores a los acontecimientos relatados en sus memorias— no son menos extraordinarias. En cierto sentido, lo son aún más, pues nos revelan a una mujer sin malicia ni rencor, y sin embargo notablemente lúcida acerca del funcionamiento del mundo.

Nacida en París en 1770, en el ocaso del *ancien régime*, en el seno de una familia de aristócratas liberales muy vinculada a Versalles y la corte de Luis XVI y María Antonieta, logró sobrevivir a la Revolución francesa, en la que murieron o perdieron todas sus posesiones muchos de sus familiares y amigos. Tras huir a América, ella y su esposo compraron una granja y se comprometieron contra las injusticias de la esclavitud. Lucie Dillon sobreviviría a la era de Napoleón y a la restauración de los reyes franceses, Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe. En el momento de su muerte, en 1853, Napoleón III acababa de ascender al trono. Ya no quedaba nada del mundo en que ella había nacido, ni el esplendor, ni la concepción de una monarquía absoluta, ni los privilegios de entonces; pero extrañamente ella seguía siendo la misma.

Por ascendencia familiar, creció en la corte de María Antonieta, una corte plagada de corrupción, *vendettas* y libertinaje; por ella misma, contó entre sus amigos con Talleyrand, Wellington, madame de Staël, Lafayette y Josefina Bonaparte, muchos de los cuales dejaron alguna descripción de ella. Por el hombre con quien se casó — Frédéric de la Tour du Pin, militar, administrador y diplomático—, presencié la evolución del Terror en París y Burdeos, sirvió a Napoleón y a Josefina, estuvo en Bruselas durante la batalla de Waterloo, y asistió a los primeros días de la unificación de Italia. Además de gusto por el trabajo, poseyó una curiosidad natural, una necesidad enorme de comprender y la capacidad de recordar no sólo el esplendor pasado y la política, sino los sucesos cotidianos: la comida, la ropa, los gestos, lo que la convirtió en un testigo formidable.

Incurablemente severa consigo misma, fue en extremo exigente con los demás; pero también sabía reírse de sí misma con fino sentido del humor, y su corazón fue pródigo y amoroso. Cuando fueron

llegando una tras otra las tragedias personales –los “secretos pesares” de su vida–, no se quejó. Por el contrario, la impulsaron a mostrar más fortaleza que nunca. Sus memorias son un ejemplo de resistencia, de cómo soportar y vencer un gran dolor. Lucie no sólo fue una mujer valiente, sino también imaginativa, llena de recursos.

Con una vida y un carácter tan extraordinarios, la historia de Lucie ofrece un retrato fascinante de una mujer del siglo XVIII. Pero es más que un retrato. Vivió una época verdaderamente excepcional, y es necesario inscribirla a ella en ese contexto: contra ese trasfondo aterrador, turbulento, en constante cambio, interrumpido por periodos de felicidad doméstica y prosperidad pública; su vida tendida como un hilo a lo largo de su época. No se puede comprender su actitud admirable si no entendemos el mundo en que vivió, y al que logró sobrevivir.

No sólo fue testigo del final de una época de extremos privilegios y de pobreza y atraso extremos, sino del nacimiento de un mundo evidentemente moderno, y de un nuevo orden social. Reconoció estos cambios y su necesidad, y aprobó la mayoría de ellos. Lucie llegó a conocerse intensamente a sí misma y experimentó pérdidas y tragedias –experiencias universales de las mujeres en todos los momentos de la historia–, por lo que resulta tentador imaginarla como una mujer moderna. Pero perteneció a su tiempo, y encaró la vida con los preceptos de su educación dieciochesca; de ahí la importancia de situarla claramente en el contexto de la época en que vivió.

Lo que Lucie descubrió al comenzar a escribir fue que tenía un talento natural para la descripción, una mirada sutil para el detalle revelador, y una sólida noción del bien y del mal. Temía que su memoria fuese insuficiente, pero resultó precisa y penetrante. Y mientras escribía, bajo su pluma cobraba vida la época que había conocido y a la que había sobrevivido. Otros, que pasaron por las mismas tribulaciones, también dejaron testimonio de la agitación política que devoró a Francia en los últimos años del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX. El atractivo de las memorias y cartas de Lucie reside en algo muy distinto. Tiene que ver con una suerte de

pureza. En una época marcada por el libertinaje y el oportunismo, cuando el mundo de seducción y engaños plasmado por Choderlos de Laclos en *Las amistades peligrosas* era un reflejo de la vida aristocrática a su alrededor, cuando los prelados católicos no tenían reparos en engendrar hijos, y el ascenso dependía más de las intrigas que del talento natural, Lucie conservó una moralidad clara y sencilla toda su vida. Esto pudo haberla vuelto aburrida y mojigata. Por el contrario, la convirtió en una cronista impresionante que observó y plasmó con inocencia y humor una época perdida que hizo de ella una esposa amante y fiel, y una madre abnegada. Y la hizo valiente, lo que resultó providencial, pues los acontecimientos de su vida hubieran destrozado a un espíritu más frágil.

I

ESTA ÉPOCA MAGNÍFICA

Cuando Lucie-Henriette Dillon, a quien siempre llamarían Lucie, nació en el 91 de la rue du Bac el 25 de febrero de 1770, el barrio de Saint-Germain era uno de los más modernos de París. Allí, tras pesadas puertas de madera que daban a patios con establos y cocheras, vivían las familias nobles de Francia. Éstas habían cruzado el río a mediados del siglo XVII, dejando atrás el superpoblado e insalubre barrio de Marais en la orilla derecha de Sena, se habían instalado en grandes mansiones de piedra de tres y cuatro pisos, y, rodeando sus propiedades con altos muros, rivalizaban unos con otros en magnificencia.

La angosta rue du Bac¹, que serpenteaba hasta el río, estaba considerada la más apetecible de todas las calles del suburbio. La primera casa sobre el terraplén pertenecía al conde de Mailly; en el mismo lado estaba el marqués de Custine, y más arriba, no lejos del número 91, la princesa de Salm, quien escribía versos. Justo al doblar la esquina vivía el duque de Biron, y también los Rochechouart, donde un poco antes que Lucie había nacido otro bebé: Rosalie-Sabine. En estas casas, las mujeres organizaban salones y cantaban, pues el barrio de Saint-Germain era tan intelectual como musical. Mozart compondría, en el arpa de la duquesa de Castries, su concierto para flauta y arpa, pocos años después.

En el extremo opuesto de la rue du Bac, donde terminaba el camino y comenzaba el campo abierto, una orden misionera había construido una casa conventual, con grifos y querubines labrados en los dinteles; sus huertas colindaban con el bosque. París estaba rodeado de bosques por todos lados. En primavera y en verano, cuando Lucie y su niñera iban al campo, el camino olía a rosas, a

lavanda y lilas, a la cal de los árboles desmochados, y a las plantas raras y exóticas que cultivaban los jardineros suizos empleados por la nobleza a finales del siglo XVIII. Al otro lado del río, se extendían los Campos Elíseos, donde los domingos los parisienses llevaban de picnic a sus hijos, y paseaban bajo las avenidas de castaños.

El número 91 era un edificio impresionante, sin ornamentos; una espléndida escalera circular externa llevaba a las principales salas de recepción en el primer piso. En su interior, los salones estaban guarnecidos de colgaduras de damasco carmesí y amarillo, y las hebras de oro y plata de las butacas bordadas se reflejaban en los espejos de las paredes. La madre de Lucie, que contaba veinte años cuando nació su hija, tenía una habitación elegantemente decorada en acacia. Cantaba muy bien y tenía un pianoforte, uno de los primeros que se vieron en París; a Lucie, de pequeña, no le permitían poner ni un dedo.

La casa era conocida como el *Hôtel de Rothe*, por la abuela materna de Lucie, una mujer dominante y malhumorada, cuyo esposo, Charles Edward de Rothe, un general francés de origen irlandés, había muerto algunos años atrás; y allí vivían Lucie y sus padres.

Por ambas ramas de su entremezclada familia, Lucie descendía de los irlandeses Dillon de Roscommon. Sus padres eran primos segundos. Su ancestro común, Théobald, séptimo vizconde de Dillon, reunió en 1688 un regimiento irlandés y siguió a Jacobo II a Francia, entrando al servicio de los franceses y permaneciendo allí después de que la exiliada corte jacobea encontrara acogida en el palacio de Saint-Germain-en-Laye, al oeste de París.

El padre de Lucie, Arthur, que de niño había abrazado las armas, aguardaba la edad requerida para ocupar el puesto familiar de coronel propietario del regimiento Dillon, vacante tras la muerte en batalla de dos viejos tíos cuyo heroísmo formaba parte de las tradiciones familiares. Era un hombre apuesto, alto, de entradas pronunciadas y nariz aquilina, boca pequeña y grandes ojos negros; cierta vez, un amigo dijo de él que parecía un papagayo comiéndose

una cereza. Servía en el regimiento desde los dieciséis años, y era un apasionado de todo lo militar. La madre de Lucie, Thérèse-Lucy, también era alta, de “hermosa tez y rostro encantador”, con los cabellos rubios de sus ancestros irlandeses, aunque algunos la consideraban demasiado delgada. Era bondadosa y alegre, mas no siempre reacia a inmiscuir a Lucie en sus batallas contra su propia madre. No era una mujer culta, y amaba cuanto ofrecían Versalles y la corte.

En 1768, poco después de la boda concertada por sus familias, les nació un hijo, cuando Arthur tenía dieciocho y Thérèse-Lucy diecisiete. Le pusieron Georges, pero, como muchos niños en el siglo XVIII, murió siendo un bebé. Lucie nació dos años después. Ni Arthur ni su esposa tenían dinero propio, y madame de Rothe, que administraba con mano de hierro el dinero de la familia, se mostraba en extremo reticente a dejar en manos de Thérèse-Lucy, su única hija, la fortuna que le correspondía por derecho.

En una casa donde los jóvenes Dillon y su hija recién nacida eran apenas tolerados por la dominante madame de Rothe, resultaba aún más llamativa la presencia de otro miembro de la familia Dillon. Se trataba de Arthur Richard Dillon, arzobispo de Toulouse y Narbona, presidente de los Estados del Languedoc, y reconocido amante de madame de Rothe, quien era, a su vez, hija de su hermana, lady Forester. Aunque esta relación no resultaba demasiado escandalosa en aquella época de prelados mundanos, se veía con desaprobación por algunos miembros de la corte, y madame de Rothe acusaba vivamente aquel desprecio. El marqués de Bombelles, célebre cronista del² *ancien régime* que admiraba la gracia y el encanto de Thérèse-Lucy, afirmaba abiertamente que ella había sido criada por una “madre sin principios y un tío que muchos suponían era su padre”. La “indecencia” del arzobispo, comentaba el marqués, debería ciertamente haberlo privado de su posición prominente dentro de la Iglesia. El arzobispo, un individuo un tanto corpulento, de mediana estatura, con cara de luna llena, y apasionado de la caza, optaba por plegarse a los deseos de madame de Rothe, lo mismo que Arthur y su joven esposa. Dentro de la Iglesia era más conocido como

administrador que como predicador, aunque su tesis había tratado sobre la doctrina de la gracia.

Así pues, Lucie estaba estrechamente ligada por ambas partes a las dos élites poderosas de Francia: la nobleza y el clero.

El mes en que Lucie nació, febrero de 1770, fue extremadamente frío. Los hombres que trabajaban en la nueva Sala de la Ópera se habían retrasado y el escenario todavía no estaba listo, pero en la Comédie-Française se había estrenado con éxito la nueva obra de Beaumarchais, *Los dos amigos*, y el joven Talma, con su voz clara y su imperiosa presencia, era aclamado como la nueva estrella de la tragedia. En el diario más popular de París, el *Mercur de France*, apareció un largo artículo sobre un eclipse de sol, y se comentaba mucho la nueva inoculación contra la viruela –todavía en fase experimental–; también se hablaba del reciente descubrimiento de Australia por James Cook, y de cómo éste había logrado navegar de regreso a su país desde Tahití determinando el tránsito y eclipse de Venus. El *Diario secreto* de De Bachaumont, compilado por un grupo de escépticos y librepensadores que se llamaban a sí mismos *les Paroissiens*, entretenía a todo París con los chismes, rumores y escándalos de la corte. A causa de una serie de malas cosechas, la economía, en toda Francia, arrojaba pérdidas. El ministro de exterior, el duque de Choiseul, estaba perdiendo su batalla por imponer reformas mediante ambiciosos planes para aliviar la pobreza y mejorar la agricultura, en tanto que crecían las tensiones entre el rey –Luis XV– y sus parlamentarios.

A Thérèse-Lucy, en su elegante pero fría habitación en la rue du Bac, le tomó tiempo recuperarse del parto de su hija. La recién nacida era rubia y todos pensaban que, probablemente, sería alta como su madre.

El 16 de mayo, cuando Lucie tenía tres meses³, María Antonieta, decimoquinto vástago y octava hija sobreviviente del emperador y la emperatriz del Sacro Imperio Romano, llegó a Versalles desde Viena

para casarse con el delfín de quince años. Ella tenía catorce, y era una grácil muchacha rubia, con ojos grises, cuello largo, nariz aguileña, y el famoso labio inferior saliente de los Habsburgo, que daba a su expresión un aire de enfurruñada. Tenía la frente un poco alta, y el nacimiento del pelo un tanto irregular, lo cual constituía un desafío para sus peluqueras. Más graciosa que hermosa, María Antonieta carecía casi por completo de educación, aunque cantaba deliciosamente y le gustaba bailar. Tanto su francés escrito – *lingua franca* en todas las cortes europeas– como su alemán escrito eran deficientes en extremo; también su francés oral distaba de ser perfecto.

Su viaje para la boda, en cincuenta y siete carruajes, había sido tan espléndido y lujoso como sólo podía lograr la riqueza y el arte de la corte austriaca; viajó con un vestido de tafetán carmesí y terciopelo rojo bordado de oro, en una carroza de oro y terciopelo. Después de abandonar su *suite* austriaca situada en una isla del Rin, a las dos semanas y media de camino fue despojada de todo cuanto perteneciera a su pasado, según prescribía el ritual, incluso de su ropa interior y de su amado perro, un doguillo llamado *Mops*. A la futura reina de los franceses no se le permitía conservar nada que perteneciera a una potencia extranjera. Antes de que María Antonieta abandonara Viena, su formidable madre, María Teresa, le había dado instrucciones de no mostrar nunca demasiada curiosidad ni excesiva familiaridad ante personas de menor rango que ella, y poner el máximo cuidado en no provocar escándalos.

En el bosque cercano a Compiègne, a dos días de su entrada en Versalles, la esperaba su prometido, Luis Augusto, delfín de Francia desde la muerte de sus dos hermanos mayores. Luis Augusto era un joven corpulento en una larga sucesión de hombres notoriamente glotones y gordos; además era torpe, miope, y carecía de oído musical, pero también inteligente, curioso, estudioso, y sentía pasión por la caza. Con él había venido Luis XV, su abuelo, quien ahora, al cabo de cincuenta y cinco años de reinado, ya no era el *bien aimé*, el muy amado rey, sino el *mal aimé*, pues su gobierno se consideraba represivo y corrupto. Allí estaban también los dos hermanos menores

del delfín: el conde de Provenza, a sus catorce años aún más macizo que Luis Augusto, y el conde de Artois, de doce años, célebre por su gran apostura. Los acompañaban varios miembros de alto rango de la corte francesa, y tres de las tías del delfín, Adelaida, Victoria y Sofía, todas rondando los cuarenta, y memorablemente descritas por Horace Walpole como “viejas zorras, torpes y regordetas”. Más adelante María Antonieta conocería a las dos princesas, sus futuras cuñadas: Clotilde, de nueve años, de quien se decía que era más ancha que alta; e Isabel, de seis años. La vida en Versalles, con sus mil aposentos, sus riñas cortesanas, sus legiones de criados con librea, sus rituales y sus dramas, resultaría mucho menos privada que la vida en la corte austriaca.

Versalles había cambiado poco desde que Luis XIV, bisabuelo del rey, trasladara la corte en 1682 desde París hasta el antiguo pabellón de caza en el camino principal a Normandía. Ahora como entonces, las ceremonias y la etiqueta regían las horas del día. En 1770⁴, como en la década de 1680, el rey de Francia gobernaba por derecho divino, “rindiendo cuentas [...] únicamente a Dios”, con amplios poderes sobre la mayoría de los asuntos seculares y eclesiásticos. Su corte estaba formada por unas sesenta dinastías aristocráticas y más de doscientos mil nobles, divididos entre la *noblesse de robe* [nobleza de toga], que derivaba su estatus de sus servicios al rey, y la *noblesse d'epée* [nobleza de espada], cuyo estatus procedía de sus méritos militares. El fasto, las modas y banquetes ritualistas, los derechos y prerrogativas, diseñados por el Rey Sol para controlar a sus nobles, permanecían por completo vigentes, como una danza antigua y formal, si bien con el tiempo las riñas se habían enconado y las rivalidades eran más feroces.

A lo largo de los años, la complicada administración de Francia, un mosaico de provincias, municipios, partidos judiciales y obispados, muchos de ellos con leyes y dialectos propios, se había ido haciendo más enredada y críptica. En verdad, nada podía ser más desconcertante que aquella serie de impuestos directos e indirectos, plagados de anomalías, y de los cuales el clero y la nobleza estaban en gran medida exentos. Al igual que España, Prusia y el Imperio

austriaco, Francia seguía siendo una monarquía absoluta hereditaria, bajo el gobierno central de un rey que ejercía el derecho de encarcelar a voluntad, mediante órdenes secretas, empleando las muy odiadas y temidas *lettres de cachet*.

A la boda de Luis y María Antonieta en Versalles asistieron unas seis mil personas de todos los rangos, pero sólo admitidas por invitación. Madame de Rothe, el arzobispo, Arthur y Thérèse-Lucy, como cortesanos debieron de haber estado allí. La nobleza vestía sus mejores galas: las mujeres, faldas de aros, corpiños emballenados, mangas y colas abombadas, y pelucas empolvadas; los hombres, espadas, casacas y bombachos de seda. Unas y otros lucían joyas por igual. María Antonieta, de brocado blanco y con más aspecto de niña que de adolescente, fue presentada con diamantes y un collar de perlas que había pertenecido a Ana de Austria; entre los regalos del rey, entregados en un cofre de terciopelo carmesí, había un abanico con incrustaciones de diamantes. El delfín, por su parte, se mostraba taciturno. El arzobispo de Reims estaba allí para bendecir el tálamo nupcial en el que el rey debía entregar al delfín, según dictaba la tradición. París festejó el matrimonio real, pero el día estuvo marcado por la desgracia: las salidas de la plaza Luis XV habían quedado bloqueadas por unas zanjas abiertas por los trabajadores, y cuando la multitud avanzó apretujándose para ver los fuegos artificiales, ciento treinta y dos personas murieron aplastadas o asfixiadas en la rue Royale.

Tan sólo cuatro años más tarde, poco después del cuarto cumpleaños de Lucie, la viruela se cobró la vida de Luis XV, y el corpulento y serio marido de María Antonieta ascendió al trono como Luis XVI, a sus veinte años, decidido a ser un gobernante virtuoso, sensible a los intereses de su pueblo. Al designar a Jacques Turgot como su primer ministro de finanzas, el nuevo rey declaró: “Deseo ser amado”.

En la década de 1770, París era bullicioso y pestilente, y la ciudad más grande de Europa después de Londres. Las calles angostas del Marais

eran antros medievales de mugre fétida y resbaladiza. El gentío abarrotaba sus callejones húmedos y oscuros, por donde corrían, a lo largo de una alcantarilla central, ríos acres de lluvia, aguas residuales y un fango tan ácido que pudría cuanto tocaba. Las paredes rezumaban y se desconchaban por la acción del salitre. Un hedor espantoso rodeaba las tiendas de los curtidores y de los mataderos, donde los carniceros troceaban en la calle los cuerpos de los animales muertos, dejando allí grasa, sangre y vísceras, mientras los animales vivos, sobre todo vacas y cerdos, merodeaban en libertad. No había aceras, ni números en las fachadas, y el alumbrado público era muy escaso. Para anunciar sus productos, los comercios colgaban letreros de madera o incluso de piedra, que el viento mecía peligrosamente. Louis-Sébastien Mercier, cronista fiel e impertinente de la vida parisiense del siglo XVIII, dio cuenta de un guante del tamaño de un niño de tres años que colgaba frente a la tienda de un fabricante de guantes. En jardineras que pendían a gran altura sobre la calle, la gente cultivaba flores y hierbas; en los patios criaban pollos y conejos.

El vocerío era constante, pues los pregoneros gritaban y los mercaderes se abrían paso entre la gente cargando los productos traídos del campo; y carretas y carruajes pasaban velozmente por entre aquel caos, provocando con frecuencia accidentes. Cundían el tifus, la fiebre tifoidea y la viruela. Bicêtre, que era manicomio y cárcel a un tiempo, estaba abarrotada de personas que simplemente eran pobres o ancianos, y también de epilépticos, lisiados, locos, e individuos aquejados de alguna enfermedad venérea. El año en que nació Lucie, fueron abandonados en umbrales y portales de iglesias más de seis mil bebés, llenos de piojos, apestando a orina, envueltos en harapos mugrientos; los más afortunados fueron los abandonados en el Hospital des Enfants Trouvés a la sombra de Notre Dame. Muy pocos de ellos sobrevivieron hasta su primer cumpleaños. En las provincias se enviaba a los niños no deseados⁵ al Hospital de París, en una caja forrada con espacio para tres bebés, atada a la espalda de un hombre, que a veces los alimentaba con una esponja mojada en vino o leche. Lo habitual era que al menos uno llegase muerto.

Gran parte de la vida en la capital⁶ giraba en torno al Sena, que atravesaba el centro describiendo una curva hacia el sudoeste, y a lo largo del cual miles de botes y barcazas transportaban, desde antes del amanecer, madera, harina, vegetales, vino y materiales de construcción, hasta los muelles de las orillas. Así como los artesanos se regían por sus gremios, cada movimiento del río estaba sujeto a regulaciones e impuestos: el aceite, el jabón, el café, los arenques y los bloques de mármol de Dieppe y Holanda eran entregados en un mismo lugar; la madera, en otro. Se podía encontrar flores frescas en el Quai de la Mégisserie; pelucas en el Quai de l'Horloge. En la orilla del Châtelet, había seis familias que tenían licencia para cocinar y vender callos.

También por el Sena venían personas, pasajeros que llegaban en *coches d'eau*, transportes acuáticos administrados por las Diligences et Messageries. Pequeños esquifes fletaban gente de una orilla a la otra. A algunos de estos pasajeros se les permitía viajar con descuento; por ejemplo, a las amas de cría que amamantaban a la mayoría de los niños nacidos en la ciudad. La gente podía tomar baños en unas barcazas que había ancladas por doquier; funcionaban entre la primavera y el final del verano. Estaba prohibido bañarse en lo hondo durante las horas del día, y había infinitas querellas entre quienes competían por el río, y multas para quienes violaban sus reglas.

Pero esto era sólo en una parte de la capital: donde vivían los pobres. Hacia el oeste⁷, París era un enorme jardín, respunteado de casas magníficas y cubierto de tupidas arboledas. Al aproximarse a París⁸ en 1767 por el camino arbolado de Versalles, Benjamin Franklin se maravilló de la “prodigiosa mezcla de esplendor y negligencia” de París, y de la cegadora magnificencia perlada de los campanarios bañados por la calima. Los molinos de viento sobre las colinas de Montmartre le recordaron una familia de majestuosas águilas remontando el vuelo. Franklin no fue el único viajero del siglo XVIII en comentar los senderos de Las Tullerías, impecablemente cuidados, que llegaban hasta el Louvre, o las dimensiones y la majestad de la nueva plaza Luis XV, con la hermosa estatua ecuestre del rey esculpida por Edmé Bouchardon. Otros visitantes,

provenientes de Inglaterra, Alemania o Italia, quedaban abrumados ante el esplendor en que vivía la nobleza de Francia –por más que desaprobaran la suciedad–, y por la opulencia del oro, la plata y el terciopelo de las libreas de sus criados.

Los jardines parisienses eran un mundo de perfección, oasis de deleite creados por el arte y la naturaleza; en ellos corrían las fuentes y cantaban pájaros enjaulados. En el barrio de Saint-Germain los visitantes paraban en establecimientos donde servían café –dado a probar a Luis XIV por el sultán Mahmut–, para sentarse en sus mesas de mármol, leer los periódicos, y contemplar a las damas cuando éstas ordenaban a sus cocheros detenerse y enviaban a un criado a que les trajese una taza de café. Para las amistades inglesas de Lucie, que a menudo cruzaban el Canal para visitar a los Dillon, París era una fuente inagotable de entretenimientos y maravillas, con su efervescente vida social, sus vendedores ambulantes de sorbetes, *fruits glacés* y frambuesas frescas. Un animal con cabeza de leopardo, grandes ojos brillantes, dientes de león, largos bigotes y patas palmeadas como las de un ganso fue capturado en el Estrecho de Magallanes y traído a Francia, no mucho después del nacimiento de Lucie: era la primera foca vista en París, y causó sensación.

Durante la Regencia de Orleáns y durante el largo reinado de Luis XV, se hizo muy poco por cambiar el rostro de París. Pero ya en 1770, la economía de la ciudad, estancada durante la guerra de los Siete Años, había resucitado, y París se vio inmerso en lo que Mercier llamó un *fureur de bâtir*, un furor constructivo. Se comenzó a enderezar las calles, a construir nuevas plazas, y a demoler las viejas casas de madera en los puentes sobre el Sena. Se crearon aceras para sacar a los peatones del fango. Las ventanas fueron agrandadas y se les añadieron cristales. Las húmedas y oscuras calles medievales se abrían a la luz, ahora más limpias y mejor iluminadas. Las órdenes religiosas, exorbitantemente ricas en tierras y propiedades, al percibir la abrupta subida de los precios de las tierras, negociaron la venta de algunos de sus extensos latifundios.

La nobleza y los ricos financieros necesitaban muebles, colgaduras y retratos para llenar y decorar sus nuevos *hôtels particuliers* en la

prometedora Chaussée d'Antin, en el barrio de Saint-Honoré, junto a los Campos Elíseos, con interiores íntimos y ornados, y techos con románticos pastores pintados por Boucher. Adquirían sus cuadros en las exposiciones bienales del Salon Carré en el Louvre, densamente cubiertas, desde la altura de los ojos hasta el techo, con naturalezas muertas e interiores de Chardin, cuentos morales de Greuze, y nuevas escenas edificantes de la antigüedad clásica, inspiradas en los recientes hallazgos arqueológicos en Herculano, Grecia y Asia Menor. Los primeros grifos y esfinges traídos por viajeros de Baalbek y Palmira, hicieron su aparición no mucho antes del nacimiento de Lucie. Baco y Ceres retozaban entre cervatillos en los paneles de los nuevos salones y bibliotecas. Era una época de colecciones: conchas, dedales, cajas de laca, telescopios, flores –reales, pintadas, artificiales, bordadas, tejidas–, banquetas, biombos, porcelana de China, baldosas de Delfos, tazas de Sèvres. Se ha dicho que nunca antes, ni después, se invirtió tanto esfuerzo en el vestir, en la moda, el lujo y el confort.

Los arquitectos recurrían a Palladio para diseñar fachadas de proporciones clásicas. El rococó, canto de cisne del barroco, gustaba cada vez menos. Los ricos querían edificios majestuosos, pero también agradables a la vista, adornados con medallones y arabescos, con liras, cintas y rosas, y empapelados con escenas pastoriles. Tanto en la pintura como en la estatuaria y el estuco, tenía que haber alegorías de la naturaleza, de la infancia y del amor, celebrando el arte de vivir y ser felices. “Un gentilhomme joven –observó Voltaire– no es, por fortuna, ni pintor, ni músico, ni arquitecto, ni escultor, pero hace florecer con su magnificencia todas estas artes”. Los salones debían ser cuadrados si su función era acoger conversaciones serias, y ovalados si su función era más voluptuosa. Las recámaras debían ser verdes, el color del descanso. Las rígidas sillas Luis XIII, de espaldar alto, hacía tiempo que habían dado paso a redondos sofás, otomanas, alfombras turcas y cojines. Manos invisibles alimentaban las estufas por medio de aberturas desde habitaciones contiguas. Se llamaba a los hábiles albañiles de Limousin, a los carpinteros de Normandía, y ejércitos de yeseros, techadores y carpinteros de obra iban dejando regueros huellas blancas por los caminos.

La escultura no se restringía a las edificaciones. La primera imagen de una cena formal que tuvo Lucie fue la de criados con librea que servían inmensas bandejas de comida esculpida. En la década de 1770, los maestros reposteros rivalizaban con los arquitectos en la construcción de paisajes en miniatura en el centro de las mesas: escenas rococó confeccionadas con azúcar coloreada, bizcocho, cera y seda, amplificadas por espejos ingeniosamente colocados. La gente hablaba de comida y de cocina como de una especie de química en la que solían mezclarse, en imaginativas combinaciones, ingredientes cada vez más misteriosos. En los menús figuraban alondras, hortelanos, cercetas, garzas y garcetas, pero el pavo había sustituido al pavo real como el asado favorito de los banquetes. Uno de los primeros diccionarios de comida francesa, el *Dictionnaire portatif de la cuisine*, publicado tres años antes del nacimiento de Lucie, enumeraba cuarenta formas de preparar un ave. La patata se consideraba comida para cerdos. Había una creciente demanda de frescura, de carnes y piezas de caza decoradas y asadas, doradas y salteadas con pedacitos de manteca crujiente. La comida era gloriosa⁹, sofisticada, absurda. Cuando el príncipe de Ligne quería mandar un regalo al príncipe de Conti, le enviaba una muchacha, enterrada bajo montones de cabezas de cerdo, con queso de Henao, capones de Campire, conejos de Os, ostras de Ostende y camarones de Amberes.

Mercier describió un típico día parisiense, justamente de aquellos años que precedieron a la Revolución. A la una de la mañana, llegaban seis mil campesinos, trayendo comida y vegetales a Les Halles, el más grande de los muchos mercados de la capital; a las seis, llegaban los panaderos, trayendo pan fresco; a las siete, los jardineros se dirigían a sus terrenos; a las nueve, aparecían los fabricantes de pelucas, trayendo pelucas recién empolvadas para sus clientes; a las diez, los abogados y demandantes, camino de sus juicios en el Châtelet; a las dos, la gente que iba a comer fuera, empolvados, empolvados, y caminando de puntillas para no ensuciarse el dobladillo. A partir de las cinco de la tarde, caos y confusión, cuando

la aristocracia salía a sus rondas sociales; a la medianoche, sonidos de carruajes y caballos trayendo de vuelta a casa a los juerguistas.

Para una rica y linda hija de la nobleza, heredera de una gran fortuna, era un mundo de *fêtes champêtres*, de techos con escenas de ninfas retozando, de picnics a la sombra de falsas ruinas de templos romanos, de hombres con altas pelucas plateadas jugando a la gallina ciega, de niños negros con turbantes sirviendo platos de comida sobre los blancos manteles. Sin embargo, para Lucie, que tenía todo esto y más, sus primeros años fueron de soledad y confusión.

Su padre, Arthur, que la quería, a menudo estaba ausente con su regimiento. Su madre, Thérèse-Lucie, a la que Lucie siempre recordaría “hermosa y dulce como un ángel”, estaba completamente en poder de madame de Rothe. Casada a los diecisiete con un chico apenas un año mayor que ella, con quien había jugado desde niña y por quien sólo sentía un afecto fraternal, Thérèse-Lucie tenía demasiado miedo para pedir algo para sí misma o para su esposo o su hija. En las muy raras ocasiones en que Thérèse-Lucie se armó de valor para hablar de dinero, madame de Rothe “montaba en cólera, y el afecto maternal daba paso a uno de esos odios increíbles que tanto gustan a los escritores de romances y tragedias”.

En ninguna parte se revela el origen del sombrío temperamento de la abuela de Lucie; en las memorias de Lucie aparece siempre como una figura extrañamente unidimensional. Pero no debió de haber sido fácil para ella, incluso en época tan licenciosa, mantener una relación tan controvertida para la Iglesia y la sociedad. Después de todo, el arzobispo Dillon era una de las figuras principales de la Iglesia Católica de Francia, y la corte, a menudo indulgente con las trasgresiones de los hombres, podía ser despiadada con las de las mujeres. Sean cuales sean las razones del ominoso carácter de madame de Rothe, éste parece haber arrojado una luz invariablemente funesta sobre la infancia de Lucie; jamás, en ninguno de sus posteriores escritos, recordaría Lucie un momento de ternura

o de afecto de su abuela. Deber u obligación, algunas veces; pero jamás amor, ni por ella ni por nadie.

La propia Lucie, hija única en una casa en guerra, en la que tanto su madre como su abuela pretendían utilizarla como espía, se dio cuenta desde muy pequeña del desvalimiento de su frágil madre y de la fuerza de su rencorosa abuela, quien, cuando se enfadaba, solía golpear y encerrar a la niña por la más leve falta. “La continua guerra dentro de la casa –escribiría Lucie– me hacía estar perpetuamente a la defensiva [...] Si mi madre quería que yo hiciese algo, mi abuela me lo prohibía. Yo permanecía callada, y por tanto me acusaban de hosca y taciturna. Me convertí en blanco de los estados de ánimo de todos sin excepción”. Atrapada entre una madre débil y un tanto frívola, y una abuela colérica, Lucie observaba y registraba, fingiendo que jugaba con su muñeca o leía sus libros. “Adquirí el hábito de esconder mis sentimientos y de juzgar por mí misma las acciones de mis padres”. Para escapar, se refugiaba en la fantasía, como suelen hacer los niños; se imaginaba otro mundo, e inventaba un destino en el que ella conquistaba con sus propios recursos su libertad y su felicidad. A esa edad en que otros niños más afortunados comienzan a comprender el amor que une a las familias, Lucie estaba conociendo la duplicidad, la astucia y el poder. Más tarde escribiría que sus primeros pensamientos estuvieron relacionados con este odio, y que “la reserva y la discreción” se convirtieron en sus primeras y más útiles armas.

Cuarenta años después, recordando los años en casa de su abuela, Lucie escribiría: “No tuve una verdadera infancia”. El número 91 de la rue du Bac era un hogar agitado y tenso, pero también extremadamente culto. En la sala de la abuela de Lucie, y entre los amigos de su padre, se hablaba constantemente de historia natural, de exploración, y de las nuevas posibilidades abiertas por la investigación científica. La casa contenía una gran biblioteca, excepcionalmente bien surtida para la época; y ya a los siete años Lucie leía “voraz e indiscriminadamente”. Se le buscó un profesor particular para que aprendiese clavicémbalo: un joven organista de Béziers llamado monsieur Combes, quien, al descubrir que su alumna

poseía una enorme curiosidad, intentó compartir con ella sus otros estudios. Lucie tuvo la suerte de haber nacido, no sólo cuando los enciclopedistas¹⁰ estaban terminando su monumental ordenamiento del saber humano, sino en una familia estrechamente ligada a los filósofos y a los escritores. Lucie pudo conocer, no sólo la obra, sino a algunos de los grandes enciclopedistas que todavía vivían en la década de 1770 –hombres como Voltaire, Rousseau y Condorcet–, que visitaban los mismos salones frecuentados por Arthur y Thérèse-Lucy. Fueron aquellas ideas, enormemente excitantes y a menudo muy osadas en el marco del París prerrevolucionario, las que despertaron en Lucie el gusto por el conocimiento. Tiempo después monsieur Combes diría que, en ocasiones, se vio obligado a ralentizar el ritmo de su aprendizaje para que ella no lo adelantase. La curiosidad y la soledad espoleaban a Lucie hacia el mundo del intelecto.

Desde los tiempos de Aristóteles, los filósofos habían estado organizando y reorganizando el mapa del conocimiento. La extraordinaria experiencia intelectual conocida como la Ilustración no tuvo sus orígenes en el siglo XVIII en Francia, sino en el París de Luis XV. El empeño por clasificar y clarificar los fenómenos, y por estudiar científicamente al hombre, adoptó una forma particular, que fue desarrollada por escritores como Diderot y Montesquieu, y promovida e incluso pagada por las mujeres que durante más de un siglo perfeccionaron el arte del salón francés. Ni madame de Rothe ni Thérèse-Lucy tenían salones propios, pero sus amigos y conocidos sí los tenían, y cuanto en ellos se debatía era muy comentado en la rue du Bac.

La *Enciclopedia*, publicada en diecisiete volúmenes entre 1751 y 1772, fue obra de ciento cincuenta autores conocidos y docenas de colaboradores desconocidos, quienes, bajo el espíritu rector de Denis Diderot, se propusieron redactar un testimonio sistemático del “orden y concatenación del conocimiento humano”. Uno de sus fundadores, Jean d’Alembert, dijo que la *Enciclopedia* debería ser “una especie de mapa del mundo” que no sólo mostrase los principales países de la mente, sino los caminos que los interconectaban, “una historia del espíritu humano, no de la vanidad

de los hombres”. La veía como una versión lockeana del árbol del conocimiento de Bacon; partía de la premisa de que no podemos conocer sino lo que nos llega a través de los sentidos y de la reflexión; y que, como seres sensibles y pensantes, no tenemos más remedio que deshacernos de las telarañas de la superstición y el oscurantismo.

El conocimiento es poder, decía Diderot; al establecer sus lindes, los enciclopedistas pensaban tal vez conquistar el mundo. El universo dejaría de ser un misterio para volverse una máquina, susceptible de ser desarmada, examinada, modificada y mejorada. Incluso la muerte, con sus rituales de confesión, resignación y absolución, dejaba de ser temible para convertirse en algo aceptado como un proceso natural y gradual. El frontispicio del primer volumen mostraba a la Razón quitando un velo de los ojos de la Verdad, mientras nubes grises se retiraban a lo lejos. No es de extrañar, por tanto, que los enciclopedistas se hicieran cada vez más impopulares dentro de la Iglesia y la corte, o que Diderot pasase un tiempo en la cárcel a raíz de su ensayo sobre la herejía.* O que Lucie, hija única en una casa llena de adultos, a quien dejaban sentarse calladita en la sala de su abuela, sintiese una gran curiosidad por todo lo que oía.

Para delinear este nuevo orden del conocimiento, y trazar las nuevas fronteras de lo conocido y lo desconocido, D’Alembert, que era matemático, delegó en otros la redacción de las entradas sobre astronomía, arquitectura, comida, artes, matemática, literatura, esoterismo, amor, mecánica, óptica; y Lucie, cuando creció, tuvo acceso a estos textos. “Yo estaba –escribió– extraordinariamente deseosa de aprender. Quería saber de todo, desde cocina hasta experimentos de química”. Año tras año aumentaba el apetito por la palabra escrita. La *Enciclopedia* había aparecido en un momento oportuno, aunque las fuentes de muchos de los grandes ríos todavía eran un misterio, y la superficie de los océanos estaba siendo explorada y cartografiada, y de las colonias seguían llegando nuevas especies exóticas de plantas y animales. Con todo, era inconcebible que cualquier otra parte del mundo pudiera compararse con Europa: “Toda Asia está sumida en el oscurantismo más profundo –comentó el conde de Volney–. Los chinos [...] parecen una civilización abortada

y una raza de autómatas [...] Los indios vegetan en una apatía incurable. Los tártaros [...] viven en la barbarie de sus ancestros”.

Uno de los filósofos más aclamados era Voltaire, cuyas ideas sobre la libertad personal y religiosa, y sobre el progreso material, se refinaron durante una visita a Inglaterra en la década de 1720. Antes de retirarse a su hogar en Ferney, en la frontera con Suiza, Voltaire había abogado a favor de un gobierno representativo, del espíritu de tolerancia y de la felicidad material, incluso a favor del lujo, si fuera necesario, siempre que se tratara de un lujo de tipo “cortés”, y no “frívolo u holgazán”.

A estas ideas se oponía otra de las grandes figuras de la Ilustración, Jean-Jacques Rousseau, quien argüía que, por el contrario, el hombre, al modernizarse, había perdido su inocencia y su bondad y ahora vivía en un estado lamentable: “El hombre ha nacido libre, y en todas partes se halla entre cadenas”, escribió en su muy citado ensayo *El contrato social*, aparecido en 1762. La prosperidad material nacida del progreso sólo había servido para corromper su pureza prístina. En los años que precedieron al nacimiento de Lucie, Rousseau publicó dos de las obras más vendidas del siglo XVIII, *Emilio* y *La nueva Eloisa*, en las que exhortaba a los lectores a abandonar los falsos atractivos de la sociedad, y a retirarse a la naturaleza y la soledad, para allí reflexionar sobre la palabra de Dios sin intermediarios. En estas obras de Rousseau los amantes se enseñan mutuamente a amar, y a leer con tal profundidad que la literatura pueda ser incorporada a la vida.

Tanto Voltaire como Rousseau temían por el futuro de Francia. En 1764, Voltaire escribió que lamentaba no vivir lo suficiente para ser testigo de “una revolución que no puede sino producirse”. Rousseau, por su parte, creía que no sólo a la monarquía francesa, sino a todas las familias reales de Europa, les quedaba poco tiempo en sus tronos. “Todas han brillado, y todo estado que brilla limita con su ruina [...]Vamos acercándonos al estado de crisis y al siglo de las revoluciones”. Pero eso fue en la década de 1760, y ni Versalles ni la corte hicieron caso de aquel mensaje, aunque no pasó inadvertido en

el barrio de Saint-Germain, donde los Dillon no era la única familia atraída por el mundo embriagador de las nuevas libertades.

A lo largo de su evolución, la Ilustración alcanzó a la mayor parte de los europeos cultos, pero en Francia, y particularmente en París, su curso estuvo gobernado en primer lugar por una serie de valerosas mujeres, sumamente inteligentes e imaginativas, que invitaban a sus salones a *honnêtes gens*, hombres de letras, de ciencia y de sociedad, que eran, al igual que ellas, tolerantes, razonables, llenos de mesura y dignidad, y enemigos de la idea de un poder y un control absolutos por parte de la Iglesia y de la monarquía. La vida del salón parisiense había comenzado en 1613, cuando madame de Rambouillet abrió las puertas de su famoso Salón Azul a un grupo de amigos ingeniosos y eruditos; y así había continuado a lo largo de los años: las anfitrionas se sucedían unas a otras, o a veces rivalizaban entre sí, e iban pasándose los invitados si morían a otras que ocupaban su lugar. Este mundo, en el que Lucie nació y creció, dejaría en ella una impresión indeleble.

En salas que eran especialmente encantadoras¹¹, íntimas y propicias para la conversación, los amigos de su madre y de su abuela presidían charlas donde primaba la galantería, no el amor; la moralidad, no la religión; la filosofía, la literatura y las ciencias, no los asuntos domésticos (demasiado aburridos), ni la política (demasiado peligrosa). Durante las cenas, los asiduos invitados debatían dilemas morales, componían máximas y versos satíricos, hablaban del libre albedrío, de geometría, de economía, se leían en voz alta sus últimas obras. En el segundo volumen de la *Enciclopedia*, publicado en 1752 –e inmediatamente considerado subversivo– se describe la conversación como un río de palabras que fluye con ligereza, sin afectación, pasando de un tema a otro, no como un juego de ajedrez ni como un torneo de armas. (Rousseau se lamentaba de que esta exquisita cortesía no era más que una máscara de la esterilidad y la sofistería). Para los filósofos de la Ilustración y sus amigos, los salones eran el único lugar donde podían exponerse sin peligro ideas de este tipo, donde ningún asunto era demasiado delicado para ser debatido,

ni ningún pensamiento era juzgado demasiado peligroso. Muchos de ellos rompieron sus vínculos con su educación religiosa.

Las ideas, naturalmente, no lo eran todo. En los salones parisienses de madame du Deffand y de madame Geoffrin –la última auténtica mecenas de la *Enciclopedia*, y una mujer no lo bastante inteligente y culta para participar en las conversaciones, pero sí lo bastante astuta para presidirlas y controlarlas–, fue donde surgió el concepto *douceur de vivre*, huidizo e intraducible. Era un arte que consistía en vivir bien, con cortesía, elegancia y placer recíproco, en el que agradar era en sí mismo un placer, y donde la etiqueta, la *politesse* y el *bon ton* constituían una protección contra la confusión y la incertidumbre del mundo exterior. La voz, los gestos, el autoconocimiento, la amabilidad, e incluso el silencio, todo tenía su sentido. Hasta Hume, quien afirmaba que la vida política inglesa era inmensamente superior a la francesa, admitía que los franceses, en sus salones, habían “perfeccionado aquel arte, más útil y agradable que cualquier otro: *l’art de vivre*, el arte de la sociedad y la conversación”. Madame du Deffand y madame Geoffrin no murieron hasta que Lucie tuvo casi diez años, y su influencia se hizo sentir intensamente en todo el barrio de Saint-Germain.

Y a lo largo del siglo XVIII, a medida que los nobles se iban distanciando del gobierno de Francia, reprimidos por el poder de Versalles, escandalizados ante el libertinaje de la regencia de Orleans, estas mujeres y sus amigos redefinieron su identidad, en sus salones, con su apego a los modales exquisitos, su ingenio, sus epigramas y sus juegos de palabras. Los halagos se toleraban, siempre que no devinieran en adulación; se permitían las bromas, pero no la burla cruel, puesto que ésta violaba la cortesía. Y lo que más les interesaba era la felicidad, ese concepto que agradaba tanto a Voltaire, definida por Montesquieu como la perpetua satisfacción de deseos infinitamente postergados por una parte, y un estado de tranquilidad por la otra. “Es a esta noble subordinación –escribió Talleyrand, quien después lamentaría la desaparición de la *douceur de vivre* – a la que debemos el arte de la corrección, la elegancia de las costumbres, los

modales exquisitos que caracterizan esta época magnífica”. En este mundo descrito por Talleyrand se movían Arthur y Thérèse-Lucy.

Y no todo en ese mundo era serio ni demasiado amable. De la anciana princesa de Ligne se comentaba que se asemejaba a una vela semiderretida, pues su cara pálida, regordeta y brillante remataba en tres barbillas. Mientras que de la duquesa de Mazarin¹² se murmuraba que tenía, no la proverbial frescura de una rosa, sino la de una pieza de la carnicería. En una recepción de la duquesa de Mazarin, unas cuantas ovejas –ovejas que supuestamente servían de adorno en el jardín, recién bañadas y vigiladas por una pastora, bailarina de la ópera– fueron presa del pánico y se desbandaron entre los invitados, balando y chocando con los espejos que cubrían la pared de una extensa galería.

Durante toda su infancia, hasta que la Revolución le puso fin para siempre, Lucie vivió en un mundo en el que la elegancia en la conducta era una forma de libertad de expresión. Las personas que ocupaban su vida eran ingeniosas, estaban llenas de curiosidad, ávidas de saber, atentas al significado de las palabras y a sus matices más sutiles. Estaban convencidas de que la cultura triunfaría sobre los prejuicios, la ignorancia y la brutalidad de los instintos. Y creían sinceramente que Francia era más culta, más intelectualmente interesante, y de modales y gustos más refinados que cualquier otro país del mundo. Todo esto le forjó una mentalidad que nunca la abandonaría: gusto por la conversación más allá de la simple transmisión de ideas, apego a los modales, y necesidad de complacer a los demás antes que a sí misma. Además de su inteligencia innata, y su conocimiento demasiado precoz de la infelicidad y de la importancia de la independencia, aquel mundo la invistió con una fuerza poco común en una muchacha tan joven.

La exhortación de Rousseau¹³ a un retorno a la naturaleza y a una conducta que no fuese artificial sino natural, estaba en perfecta sintonía con el sentir de la nobleza de Francia. Ya en la década de 1770, ésta comenzaba a volverse al campo en busca de un retiro hacia